

EL DESTINO

El río parece balsa y el agua azul de cielo.

Una pequeña ramita de árbol con hojas muy verdes se mece sobre las aguas que guardan el silencio que merece un ruiseñor que libre canta.

La tarde es de verano; el sol se despide enviando su luz de oro al trozo de cielo rojo que le bendice.

Las sombras llegan a la tierra; en la arboleda oscurece. La ramita sigue lentamente conducida por las aguas que continúan guardando la armonía de la tarde acompañada por los ecos del pájaro cantor.

El hombre que está sentado a la orilla del remanso sobre un tronco de árbol viejo, contempla la ramita que tan plácidamente navega. Ve cómo las aguas van tomando un azul oscuro; el ruiseñor ha cesado de cantar. Levanta su vista al cielo, que ya está adornado de estrellas que brillan como iluminación divina.

La arboleda balancéase satisfecha porque su hora llega; ya es la gran señora de la noche como sierva fué del Sol. El río se presta a ser espejo de la Luna, que aparece en tono de diosa sin rival.

El hombre siente frío; la soledad del campo sin sol le causa recelos y temores que él no sabe explicar. Camina hacia el poblado en busca de los suyos: de los que enturbian las aguas, desgajan los árboles, cazan ruiseñores y torturan a sus semejantes.

La ramita de árbol con sus hojas muy verdes es llevada por las aguas hasta la orilla. El río sigue su cauce; la ramita queda sujeta a un arbusto cumpliendo su destino.

Civilización.